





LA PRIMERA PUERTA  
DEL ESPANTO



Miguel Vargas Román

LA PRIMERA PUERTA  
DEL ESPANTO



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Vargas Román

ISBN: 978-84-19439-80-2

ISBN digital: 978-84-19439-81-9

Depósito legal: M-24882-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## PRÓLOGO

Tendemos a decir que en el género negro ya está todo inventado. Y no es así.

En todo caso, hay nuevas formas de hacer lo que hacemos desde hace décadas en estas novelas: contar la realidad que no pueden contar los medios de comunicación (y la mayoría de las veces tampoco quieren).

Los aficionados a establecer pequeñas categorías, minúsculas etiquetas para explicar un libro (que en realidad se explica leyéndolo y también se lo disfruta), encajarían esta primera obra de Miguel Vargas Román entre el género policial y el de terror. Y se quedarían tan contentos, porque la gente que se conforma con etiquetas se conforma con poco.

Otros, quizás más eruditos y urgidos de demostrarlo, indicarían paralelismos e influencias, como por ejemplo *La doncella de hielo* o *La reina de la noche*, de Marc Behm, *El ángel negro* y otras más de John Connolly, e incluso el terror latente en algunas de las novelas de la serie *Adamsberg* de Fred Vargas, por citar solo algunos.

Y estarían en lo cierto, dentro de la mínima certeza que cabe en una etiqueta.

Esta novela se asoma a lo fantástico, en cierto punto y lo hace de forma consciente. Para ser sinceros, no se sabe si dan más miedo los supuestos monstruos inmortales que pululan quizás por las calles de Valparaíso, o los otros personajes, la mayoría de ellos vinculados desde distintos ángulos a la administración de Justicia y la seguridad ciudadana, y que de una manera —manifiesta o subrepticia— pue-

den resultar más monstruosos que las lánguidas figuras del terror clásico. Porque estos últimos no pudieron elegir su condición, deben vivir con ella y si es cierta la leyenda, vivir por siempre.

Lo personajes, cada uno desde su pequeño o gran rincón del laberinto oficial, acaba muriendo: por egoísmo, o por el peso de una doble moral que al doblarse sobre sí misma se vuelve cuádruple, por confundir la obsesión con el amor, o directamente, por miedo al miedo.

En esta novela, Miguel Vargas Román retrata el inicio de un personaje sin concesiones que creo tendrá un excelente futuro: Pedro Abelardo, poco flexible para con las miserias del sistema y más benévolo con las suyas propias, a veces causa, a veces consecuencia.

Mención aparte merece la ambientación.

A quien no conozca Valparaíso le parecerá conocerla, invadida por la niebla y el mar, cara oscura de la moneda que del otro lado tiene tan cerca la prosperidad de Viña del Mar. Y estoy seguro de que quien conozca la ciudad se divertirá localizando los paisajes y esquinas familiares, y comenzará a mirarlos como se miran los escenarios de las historias de ficción bien contadas: es decir, percibiendo que lo que ve en la realidad se parece cada día más a lo escrito en el papel.

Este libro no es un folleto turístico de Valparaíso, pero hace por ella mucho más: la convierte desde la primera página en otro personaje de la trama, una de esas ciudades que se vuelven marco necesario para una buena novela policíaca.

Aquí nadie es quien parece ser, o lo es demasiado.

Frente a la sospecha de un mal mayor, tendemos a perdonar los «males menores» de los personajes, múltiples voces que acaban contando cada una su historia, incluso aunque preferirían no hacerlo.

Novela coral, acapara sin embargo buena parte de la trama el personaje de Agustín Sénones, todo lo contrario de un héroe, que sin embargo y pese a sentirse acabado desde mucho, no retrocede, empeñado por conocer por una vez la verdad.

Mientras nos cuenta una historia policíaca que empieza como tantas, con un muerto sin motivo aparente, Vargas Román traza sin pretensiones, pero con gran eficacia, el fresco de toda una sociedad, un mural que no intenta explicarlo todo; solo lo muestra, para que cada uno saque sus conclusiones, como debe ser.

El género negro-criminal resulta a menudo tentador para quien quiere comenzar a escribir, y hay algunos ilusos que lo hacen porque creen que es «más fácil» que escribir otro tipo de novela.

Así les va, casi siempre mal y lo merecen.

Porque estamos hablando del género que aborda la realidad social, incluso aunque pueda asomarse a lo fantástico, desde hace demasiados años como para creer que resulta fácil hacerlo bien.

Y de este primer lance, el autor sale más que airoso.

Quizás porque no busca agradar el lector.

Quizás porque deja que los personajes tengan alma (o por lo menos conserven el agujero donde alguna vez la guardaban).

Quizás porque respeta el género, que es la única manera de practicarlo.

Acudiendo a un diálogo típico y también tópico de las novelas *hard boiled*, diría, como tantos matones veteranos, que «el primer muerto es el más difícil y los demás cuestan mucho menos».

Esa es la gran mentira de nuestro oficio.

La mejor manera de entrar en él es con una primera novela bien escrita, con personalidad y personajes, y sin pensar en el qué dirán.

Felicidades por este primer muerto, Miguel Vargas Román.

Las que vengan serán tanto o más difíciles de matar con palabras.

Pero eso es lo más bonito que tiene esta artesanía de escribir: que no se acaba nunca y siempre vuelve a empezar.

Abierta *La primera puerta del espanto*, toca cruzarla y ver qué hay al otro lado.

Adelante, valientes.

CARLOS SALEM  
Madrid, 2022



*... porque aquel que ha dejado tras sí la primera puerta del espanto,  
ha entrado en el vestíbulo de la realidad,  
porque su conocimiento, descubriéndose a sí mismo y  
como por primera vez dirigido sobre sí mismo,  
comienza a comprender lo necesario en el todo,  
lo necesario de todo acontecer como lo necesario de su propia alma...*

HERMANN BROCH  
*La muerte de Virgilio*



# PRIMERA PARTE





# 1

El rocío reflejaba sobre el rostro la luz de los faroles filtrada por la bruma invernal. La cabeza rebasaba la solera y se descolgaba sobre el sumidero. El cuello cortado de un extremo al otro. El cuchillo estaba aún clavado en la garganta, atrapado en la mano ya endurecida por el *rigor mortis*. Los ojos permanecían abiertos, mirando nada.

—Está seco, fiscal, la sangre drenó por el desagüe —hizo notar el comisario Inostroza.

—Así parece —fue la respuesta, con leve tono de suspicacia—. ¿No le resulta curioso?

—No. Con todo lo que ha llovido esta noche, el agua se la llevó. Si me pregunta, lo más probable es que no haya habido intervención de terceras personas.

Lorena del Río, fiscal a cargo, miró hacia el vertedero y se acercó al cadáver, cuidándose de no pisar ninguna posible evidencia.

—Pero la falta de sangre podría deberse a que el occiso fue asesinado en algún otro lugar y posteriormente depositado aquí —dijo.

—No lo creo. Observe el corte de la garganta: limpio, horizontal, sin duda autoinfligido —Inostroza, en cuclillas junto al cuerpo, señalaba con un lápiz los detalles de las heridas—. Tampoco hay laceraciones en los brazos, es decir, no hubo lucha. Está claro que se trata de un suicidio.

—No dudo de sus conocimientos, Inostroza, pero es mejor cerciorarse —replicó Lorena irritada.

Agustín Sénones, perito fotográfico, los interrumpió.

—¿Fiscal, comisario, podrían desplazarse un poco a la derecha, por favor?

El *flash* iluminó el rostro de la fiscal. Le era difícil soportar la proximidad de la muerte. El comisario sonrió con sorna. Se puso en pie resoplando, su creciente panza era un lastre difícil de cargar dada su baja estatura.

Lorena apuntó con una linterna a los muros cercanos.

—¿Por qué no hay salpicaduras de sangre? Ya desde el primer corte, un chorro debería haber manchado las paredes.

Inostroza bufó y, sin contestar, observó el trabajo del escuadrón responsable del lugar de los hechos. Protegidos por una patrulla de carabineros, los detectives se acercaban en círculos concéntricos. Dos de ellos escudriñaban el entorno y depositaban señaladores de indicios cuando hallaban algo, otros dos se concentraban en el cadáver.

El lugar exacto: Rawson con Yungay, en la esquina oblicua a la estructura metálica del mercado Cardonal.

La fiscal se obligó a permanecer cerca del cuerpo. Con forzada solemnidad, hacia preguntas a los agentes, a la vez que les daba instrucciones.

A su pesar, el comisario admitió que la belleza de Lorena contrastaba con la fealdad de la escena del crimen. Luego, para negar esa repentina ternura hacia la fiscal que tanto lo fastidiaba, bajó la mirada por su cuerpo y se dijo: «Qué buen culo, pero qué mal carácter».

El sol comenzó a salir. La humedad incrementó el frío y las quejas de Agustín. Si bien era delgado, el traje de bioseguridad le quedaba estrecho y no le permitía abrigarse lo suficiente.

—Maldito sea este frío.

—Tranquilo, Agustín, ya te queda poco para jubilarte —dijo Julián González, un joven oficial, al tiempo que ajustaba el testigo métrico.

—¿Cuánto llevas en esto? ¿Casi un año? Estás empezando, aún no te aburres de salir de tu casa en medio de la noche, y tampoco tienes reumatismo.

—¿Pero por qué te enojas, *bueón*? Si es verdad que te queda poco para que te vayas para tu casa y no tengas que salir tan temprano.

—¡González! —intervino Inostroza—. Déjate de molestar a Sénones y diles a los *paquitos* que corran a los viejos intrusos del mercado, mira que ya están comenzando a llegar.

González, a regañadientes, indicó a los carabineros que apartaran a los trabajadores del mercado que se congregaban alrededor. Lo hizo con soberbia, consideraba a los carabineros inferiores a los detectives. Regresó al trote, alardeando de su juventud y complexión atlética. Con unas tijeras rasgó las vestimentas del cadáver en busca de alguna otra herida. No encontró nada. Se puso de pie, dio un paso hacia atrás y contempló a los peritos, que continuaban revisando el cuerpo. Al finalizar, le cubrieron las manos con bolsas de papel y lo levantaron para introducirlo en la camioneta del Servicio Médico Legal.

Agustín guardó la Nikon FX D810. Esa cámara era una de las pocas posesiones a las que daba importancia, junto con su equipo de música de alta fidelidad y la colección de discos de Wagner. Se despidió de sus compañeros con un leve gesto y empezó a caminar en dirección a su casa.

Las calles cercanas al mercado estaban cubiertas por el orujo formado por barro, restos de verduras, vísceras de pescado y orín de borrachos. Agustín imaginó que esa pasta viscosa se colaba en el dibujo de la suela de sus zapatos y por un instante sintió asco. Luego pensó en cómo se ganaba la vida y sonrió sin ganas. La niebla espesa que llegaba desde el mar se metía en cada rincón de Valparaíso. El frío era más intenso. Subió el cuello de su abrigo.

Atravesó la avenida Francia y llegó al armazón de acero del antiguo edificio Hucke. A medida que avanzaba, putas viejas y gordas surgían de detrás de los camiones para ofrecer sus servicios con más costumbre que esperanza. En la esquina siguiente, con mayor alharaca, hacían lo mismo los transexuales, que desafiando al frío, exhibían sus tetas de silicona y gruesos muslos de hombre. Agustín

los miró con una mueca que le ganó una lluvia de insultos. Apuró el paso. Cuando estuvo cerca de una de las gasolineras del barrio, siempre concurridas sin importar la hora, detuvo el trote y retomó el ritmo quedo de su marcha.

Despuntaba el alba en la ciudad y en la calle se mezclaban los rostros trasnochados de los que terminaban la juerga con los de aquellos que iniciaban sus labores. Cuerpos gruesos de talla baja, sudorosos, cobijados por ropas grises, sucios, ajados como sus rostros; cuerpos que al moverse contribuían al tufo a tumba que emanaba de los cerros, del mar y se cuajaba en una niebla asfixiante.

Al llegar a la plaza Victoria, sin pensar en la temperatura, se sentó en un escaño. Le dolían las articulaciones. Contempló alternativamente la catedral, el edificio del diario *La Unión* y los grandes gómeros de la plaza Bolívar. El frío se introducía por sus poros como un fino alambre, traspasando la carne hasta llegar a los huesos. Se puso de pie y siguió su camino. Atravesó la plaza en diagonal. Renqueaba. Al pasar por un costado de la fuente, una inesperada brisa le golpeó el rostro. Le pareció escuchar una voz de mujer que le hablaba al oído, un susurro que no alcanzó a comprender.

Se volteó y no vio a nadie. Solo las nereidas de la fuente. Suspiró y prosiguió hasta llegar a la puerta del añoso edificio *art déco* en el que vivía. En la recepción, le sorprendió encontrarse con Julián González y el resto del equipo.

—¡Podrían haberme traído si iban a venir para acá, Julián!

—¿Cómo íbamos a saber que el muertito era vecino tuyo?

—¿Vecino mío? Jamás lo había visto —exclamó Agustín.

—Putá el policía observador. Menos mal que pediste la jubilación anticipada, *hueón*.

Agustín, sin contestar, miró a Inostroza para preguntarle cuál era el apartamento, escuchó la respuesta, entró en el ascensor y apretó el botón con el número seis. Comenzó a subir lentamente.

En la recepción, Inostroza preguntó a Julián:

—¿Qué tienes en su contra?

—Es un viejo flojo, vive quejándose y no hace nada, me molesta.

—Es cierto que se queja, pero no es mal perito. Además, como le dijiste, le quedan tres meses para jubilarse, mientras que tú eres nuestra *rising star*. Si no cometes ninguna torpeza en lo que queda del año, de seguro estarás en lista uno. Así que déjalo en paz y evítanos malos ratos a todos.

—Así lo haré, comisario. Pero no me va a resultar fácil.

—Mejor así. Ahora tenemos que resolver este asunto. Pronto terminará el mes y debemos cumplir nuestras metas.

—No será difícil: a todas luces parece un suicidio.

—Sí, pero la fiscal tiene razón. Faltan las manchas de sangre en la pared. Si no las hay, es porque trajeron el cuerpo desde otro lado. Te encargo este tema, encuentra las manchas o inventa una buena explicación de por qué no están allí. Si no fuera por ellas, todo encajaría perfecto.

—Déjeme a mí, comisario, ya verá que de aquí a mañana tendremos una solución.

Cuando Agustín llegó a la entrada del departamento, se acercó al oficial apostado en la puerta.

—¿Cómo se llamaba?

—Gerardo Sweiten.

—¿A qué se dedicaba?

—Era profesor universitario, matemáticas.

—¿Dónde trabajaba?

—Ya no lo hacía, se jubiló hace un año.

Entró. El apartamento era similar al suyo, quizá algo más pequeño. Pulcro, con las paredes pintadas de blanco y el piso de parqué. Decoración austera, muebles simples, pero de aspecto confortable. En la sala había, además de dos sillones y un sofá, estanterías con cientos de libros dispuestos en escrupuloso orden. La mayoría eran textos de matemáticas, un poco de filosofía y algunas novelas. Un hedor similar al de un establo impregnaba el ambiente. Sacó un pañuelo, se cubrió la nariz y miró cómo todos hurgaban en busca de indicios. En el dormitorio, arrimado a la ventana, había un escritorio cubierto de papeles y fotografías. En el otro extremo, junto a la cama, un sistema de música.

—Amplificador Sansui, tocadiscos Technics y parlantes JBL — aprobó Agustín mientras inspeccionaba.

—¿A ti te gustan estas cosas, cierto? —preguntó Arancibia, una detective joven que acababa de entrar en la habitación.

—Sí. Es un muy buen equipo de música, ¿sabes? Bastante caro, al menos para mí.

—¡Mira este clóset, está lleno de discos de vinilo! Debe haber al menos unos 1.000.

Agustín, ávido, se acercó para revisarlos. Estaban distribuidos en cajas sobre sólidos anaqueles de madera. La mayoría de los discos eran de ópera y el resto de música barroca. Se hallaban en perfectas condiciones. Escogió una caja, tomó uno con cuidado, miró la carátula y exclamó:

—¡Es el ciclo del anillo, dirigido por Hans Swarowski!

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Son las cuatro óperas más importantes de Wagner dirigidas por Swarowski, un director austriaco. Es una versión muy difícil de conseguir. Yo la tengo, pero uno de los discos está rayado.

—¿Por qué no lo cambias? —sugirió Arancibia con una sonrisa cómplice.

—¿Cambiar qué?

—Trae tu disco rayado y lo reemplazas por el del profesor.

—Pero eso no sería correcto...

—¿Quién lo va a notar? Salvo que se trate de evidencia, pero no lo creo. Si no lo tomas, algún pariente lo venderá en la feria de las pulgas y seguro que terminas comprándolo tú a precio de oro.

—Mmm, no me atrevo...

—Vamos, ánimo.

Agustín se quedó observando el disco. Temblaba.

—Tienes razón. Pero antes lo revisaré. ¿Te imaginas si este también estuviese rayado?

Con extrema delicadeza, extrajo el disco del sobre, lo asió del canto, lo levantó hacia la luz, examinó a conciencia los surcos y al cabo de unos segundos frunció el ceño.

—Este disco no es una ópera de Wagner.

—¿Cómo?

—No, mira la etiqueta; dice algo como «Emperor».

—¿Emperor? —exclamó Arancibia con extrañeza.

—Sí, ¿lo conoces? ¿Qué es?

—Bueno, en mi adolescencia viví en Noruega, y por un tiempo me dio por escuchar *black metal*. Es rock pesado, pero más rápido, y con letras satánicas o paganas, es un movimiento con hartos seguidores allá.

—¿Escuchabas eso? —preguntó Agustín, incapaz de asociar la dulce apariencia de la joven con un grupo, a su entender, de chascos desharrapados. Quizá la única reminiscencia fuera el pequeño aro que brillaba en la aleta izquierda de su nariz.

—Sí, pero la cosa se puso turbia, empezaron a quemar iglesias de la Edad Media. Hubo un bullado caso de una banda llamada Mayhem: primero, el vocalista se suicidó, incluso pusieron la foto del cadáver en la carátula de su primer disco, y después, el bajista asesinó al guitarrista. Salió en las noticias y mis padres me prohibieron seguir escuchando esa música. Al poco tiempo regresamos a Chile, donde es más difícil conseguirla, así que, de a poco, fui dejando de lado la afición.

Agustín extrajo su cámara, debían fijar la escena antes de continuar la inspección. Arancibia tomó notas. Luego, entre ambos revisaron todos los discos. Ninguno coincidía con lo indicado en la carátula. Darkthrone, Satyricon, Inmortal y Gorgoroth eran algunos de los nombres que aparecían en las etiquetas circulares en el centro del vinilo.

La tardanza de Arancibia hizo que Inostroza entrara para averiguar qué sucedía.

—¿Qué están haciendo? —gritó al ver los discos desperdigados entre el piso y la cama.

—Ah, comisario: mire lo que encontramos.

Inostroza escuchó a Sénones y Arancibia con atención.

—Dile a los demás que vengan a embalarlos, los llevaremos con nosotros para revisarlos con detenimiento. Como parece ser la

entendida, tú te harás cargo, Arancibia. En todo caso, esto refuerza la hipótesis de que el tipo estaba majareta y se mató. Mira que se iba a poner roquero a los sesenta años. Y, Arancibia, por favor, anda a registrar el escritorio como te pedí, para ver si hallamos una nota suicida, ¿te parece?

Antes que Arancibia, Agustín ya había comenzado a escarbar el escritorio.

—Aquí hay una carta.

—Déjame verla, Sénones.

El comisario leyó con rapidez.

—Bien hecho, Agustín. Arancibia, métela en una de las bolsas y llévala contigo. Veremos si los peritos caligráficos confirman que se trata de la letra del profesor. Seguro que la fiscal va a saber más que yo... —finalizó el comisario con una sonrisa.

Cuando Inostroza y Arancibia dejaron la habitación, Agustín regresó al escritorio. Miró unas rosas silvestres que estaban apoyadas contra la ventana, dentro de una jarra, similar a una pequeña crátera, y luego fijó su atención en unos retratos apilados a su costado.

Los revisó uno a uno. Eran en blanco y negro, de veinticinco por treinta y ocho centímetros. En todos aparecía un hombre delgado, de cabello largo y liso, vestido con un abrigo de cuero azabache. Las fotos habían sido tomadas en distintos lugares de Valparaíso: callejones, escaleras, el cementerio de los disidentes, el puerto y los edificios del barrio en torno a él. «La definición no es buena, con grano grueso; de seguro fueron sacadas de noche, con una película sensible. Qué extraño que haya optado por una cámara analógica.

Las fotografías tenían algo de furtivo, como si el profesor hubiese estado espionando al hombre delgado. Buscó en su bolso un lente adecuado para un mayor acercamiento. Hizo varios disparos y regresó las fotos a su lugar. Reparó en dos libros: las *Obras Completas de Aristófanes* y la *Vida de Apolonio de Triana*. El disparador de la cámara sonó una vez más. Al concluir, la guardó en el bolso y salió de la habitación. El apartamento aún



estaba ocupado por el resto del equipo, dedicado a las últimas diligencias antes de partir.

—Arancibia, ¿sabes si el profesor era casado?

—Viudo, sin hijos, eso es lo que nos han contado en la recepción, aunque habrá que comprobarlo en la base de datos del Registro Civil.

Agustín abandonó el apartamento para dirigirse al suyo.

Subió un piso, pausadamente, por la escalera. Bostezó un par de veces y se restregó los ojos. Cuando llegó al último escalón, resollaba. Avanzó pesadamente por el corredor y entró en su casa. Caminó hacia la ventana, la abrió y se quedó contemplando el mar. Las embarcaciones, mercantes, de guerra y también de pesca, se apreciaban con una cercanía irreal. Sus ojos se humedecieron por la brisa. Bajó la mirada hacia la calle.

Recortado contra las paredes de la vereda de enfrente, pintarrajeadas con grafitis, observó a un muchacho que acababa de salir de su mismo edificio. Contextura atlética, piel morena, rasgos delicados y ojos oscuros. Vestía de la misma forma que el individuo de las fotografías. Caminó hasta la esquina, giró hacia la izquierda y desapareció.

Agustín no recordaba haberlo visto antes, pero tampoco recordaba haber visto a su vecino, el que ahora estaba muerto. Podría haber bajado e intentar seguirlo, pero estaba demasiado cansado. Por lo demás, era seguro que no lo alcanzaría. Cerró la ventana, fue al dormitorio y tras algunos minutos cayó dormido.